

El arte “mágico” de la alquimia

José Manuel Huidobro

Introducción

Según define el diccionario de la Real Academia, alquimia es el “Conjunto de especulaciones y experiencias, generalmente de carácter esotérico, relativas a las transmutaciones de la materia, que influyó en el origen de la ciencia química. Tuvo como fines principales la búsqueda de la piedra filosofal y de la panacea universal”. En su acepción originaria, la alquimia era el arte de transformar los metales vulgares en metales preciosos.



En el siglo XVI comenzó a desarrollarse la elaboración de drogas medicinales. Desde el punto de vista de la historia de la ciencia, la alquimia no es más que una etapa primitiva de la química, pues cualquiera que haya sido el objetivo que se proponían, es indudable que los alquimistas impulsaron el estudio experimental de numerosas propiedades químicas.

Hay razones para suponer que la alquimia nació en Egipto, a principio de la era cristiana, como creación de los griegos de Alejandría. En la Edad Media hallamos a los árabes en pleno conocimiento y práctica de los principios de este arte y fueron ellos quienes la dieron a conocer en Europa.

Esos principios se basaban en una cierta concepción acerca de la estructura del mundo, la de que todas las sustancias existentes pueden reducirse a una sola sustancia fundamental: “La prima materia”. El problema que se planteaban entonces los alquimistas era encontrar

esta "prima materia" y, a partir de ella, obtener cualquier otro compuesto.

Se suponía que lo primero era posible si se lograba eliminar de un cuerpo o sustancia todas las propiedades adquiridas. Para el segundo se admitía la existencia de una sustancia capaz de fijar en la prima materia las cualidades deseadas. Los alquimistas creyeron hallar esta prima materia en el mercurio, si bien no en el mercurio corriente, sino en un tipo especial llamado el "mercurio de los filósofos"; la sustancia capaz de fijar cualidades en éste era llamada la "piedra filosofal" y se afirmaba que debía estar compuesta por sulfuro.

A principios del siglo XVI, la alquimia comenzó a fijarse un nuevo objetivo bajo la influencia de Paracelso. Este objetivo debería ser, según él, la curación de las enfermedades que aquejan a los hombres. Aunque la alquimia estuvo en todo tiempo impregnada de concepciones místicas, ocultistas, astrológicas y una buena dosis de charlatanería, también es cierto que hubo numerosos sabios que creyeron en sus principios y llevaron a cabo sus experiencias, guiados fundamentalmente por el espíritu y el interés científico.

Grandes hombres de la ciencia, como Newton y Boyle, creyeron, por ejemplo, en la teoría de la transmutación y, en rigor, aunque partiendo de principios diferentes y sobre una base experimental enormemente mayor, la ciencia moderna ha confirmado, en cierto modo, este punto de vista.



Un laboratorio alquímico.

Alquimia básica

La alquimia es una de las ciencias cuyo solo nombre evoca ya las más contrarias y diversas reacciones: atracción, desprecio, curiosidad, incertidumbre. Sen-

timientos opuestos, provocados en parte por la falta de información concisa sobre su origen y desarrollo.

La misma palabra, alquimia, parece tener una procedencia dudosa. Muchos afirman que la expresión actual, legada directamente por los árabes, puede ser dividida en dos partes: el artículo "al" y el término "chemia" que significa "tierra o suelo negro". Según esta hipótesis, los musulmanes se referían a las oscuras tierras de Egipto donde habrían aprendido los primeros secretos de la misteriosa ciencia. Otro origen posible sería la palabra griega "chyma", que significa acción de fundir metales.

De todas maneras, la alquimia es extremadamente antigua, ya sea que sus primeras referencias históricas sean de la China o de Egipto. Existen textos chinos a favor o en contra de la alquimia que datan del 144 a.C. y existen razones para hacer remontar la alquimia china, al menos, al siglo IV a.C.

Los intercambios entre el Extremo Oriente y el Oriente Medio eran numerosos y la alquimia del Medio Oriente bien pudo venir de China. Por otra parte, la alquimia china era principalmente esotérica y pretendía producir una medicina que asegurara una larga vida o la inmortalidad, mientras que en el Oriente Medio, antes del Islam, la alquimia tenía un carácter esencialmente exotérico, y el alquimista se consagraba, por lo menos en apariencia, a manipular aleaciones de metales.

Al suponer que la China haya transmitido la idea de la alquimia, es preciso observar que sólo podía tratarse de alquimia medicinal y no metalúrgica. Sin embargo, si se adopta el punto de vista según el cual la alquimia es la traducción en términos «materiales» de informaciones sobre eventos sin relación causal, informaciones obtenidas al acceder a un nivel superior de conciencia, la dificultad histórica no se plantea. Tanto en China como en el Medio Oriente se habría penetrado en los mismos dominios y traducido las mismas intuiciones en términos «materiales» correspondiendo a las psicologías respectivas: medicinales en uno, metalúrgicas en el otro y, en algún caso, una combinación de ambas.

Desde la fundación del Islam la alquimia pasó a ser una ciencia musulmana, aunque no fuera más que en el plano lingüístico. El árabe era la lengua culta en los imperios islámicos, y, por lo tanto, la lengua de las artes y de las ciencias. Pero los textos utilizados podían ser persas o griegos. El Islam se apropió en su totalidad de los conocimientos griegos sobre la alquimia. Numerosas y muy antiguas obras de alquimia fueron traducidas al árabe. Desde el siglo VIII, la

civilización árabe había producido una pléyade de eruditos capaces de estudiar los textos griegos y así la transmisión del saber del pasado alcanzó un gran auge. En cuanto a los alquimistas de origen árabe, ellos aportaron a este arte hermético una contribución extremadamente original.

A medida que el influjo árabe se iba adentrando en Europa, nuevos hombres se dedicaron al estudio de la nueva disciplina. Los nombres que la historia señala son bien conocidos y entre ellos destacan los de Nicolás Flamel (1330-1417) e incluso Newton, el primer gran científico moderno que, aunque no se dedicó por completo a la alquimia, la citó con frecuencia en sus obras y se dice que mandó construir un pequeño laboratorio en el Trinity College para estudiar los misterios de la transmutación.

Dejando aparte su faceta misteriosa y oculta, hay que hacer notar que la alquimia contribuyó de forma muy importante al progreso de la química de laboratorio.

Nuevos aparatos como el alambique y nuevas técnicas como la destilación se convirtieron en algo de uso cotidiano, al mismo tiempo que se descubrían sustancias hasta entonces ignoradas, como el aceite de vitriolo (ácido sulfúrico), el agua regia (mezcla de ácido nítrico y clorhídrico), el agua fuerte (ácido nítrico), el amoníaco, etc.

Pero la alquimia era, ante todo, una ciencia hermética alrededor de la cual se fue tejiendo un halo de misterio y secreto, originado en parte por las aspiraciones extrañas y a menudo incomprensibles de algunos de sus seguidores, así como por la forma simbólica y casi indescifrable de sus escritos. No es fácil resumir en pocas palabras la labor de un alquimista, que se centraba especialmente en tres facetas distintas: por una parte la búsqueda de la piedra filosofal, en presencia de la cual todos los metales podían ser convertidos en oro; en segundo lugar el descubrimiento del elixir de larga vida, imaginado como una sustancia capaz de evitar la corrupción de la materia y, por último, la consecución de la “Gran Obra”, cuyo objetivo era elevar al propio alquimista a un estado superior de existencia, en una situación privilegiada frente al Universo.

La lectura de una obra alquímica es extremadamente ardua para un no-iniciado. El lenguaje alquímico parece abstracto, absurdo, incomprensible, pero en realidad es esotérico y místico, saturado de códigos, de símbolos, de referencias que confunden al profano. Las trampas y desvíos son frecuentes.

“El alquimista considera esencial esta dificultad de acceso, ya que se trata de transformar la mentalidad

del lector a fin de hacerlo capaz de percibir el sentido de los actos descritos”, explica el escritor francés Michel Butor. “El lenguaje alquímico es un instrumento de extrema agilidad que permite describir operaciones con precisión y, al mismo tiempo, situándolas con respecto a una concepción general de la realidad.”

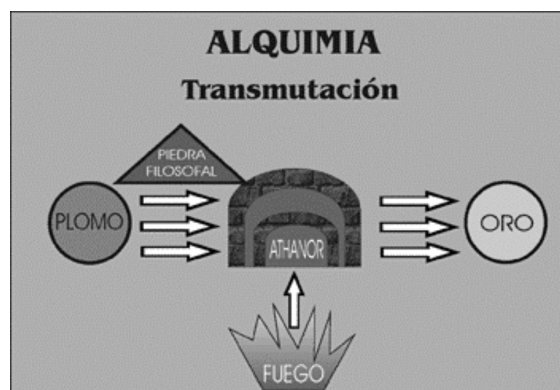
Los cuatro elementos: fuego, aire, agua y tierra formaban la materia y de acuerdo a su porcentaje le daban su individualidad. Los planetas regulaban las actividades del espíritu que descendía a la Tierra, los metales eran los primeros elementos de la materia madurados por el espíritu en la matriz de la Tierra.

Según los alquimistas existe una íntima relación entre los metales simples, los planetas visibles, los días de la semana, los colores y la escala musical:

PLATA	LUNA	LUNES	VIOLETA	SI
HIERRO	MARTE	MARTES	ROJO	DO
MERCURIO	MERCURIO	MIÉRCOLES	AMARILLO	MI
ESTAÑO	JÚPITER	JUEVES	AZUL	SOL
COBRE	VENUS	VIERNES	ÍNDIGO	LA
PLOMO	SATURNO	SÁBADO	VERDE	FA
ORO	SOL	DOMINGO	ANARANJADO	RE

El arte de la transmutación y la piedra filosofal

Una de las metas más conocidas de los alquimistas era la transmutación de metales corrientes en oro o plata y la creación de una «panacea», un remedio que supuestamente curaría todas las enfermedades y prolongaría la vida indefinidamente.



Desde la Edad Media, los alquimistas europeos invirtieron mucho esfuerzo en la búsqueda de la «piedra filosofal», una sustancia legendaria que se creía que era un ingrediente esencial para alguna de estas metas o para ambas. Los alquimistas gozaron de prestigio y apoyo durante siglos, aunque no por su búsqueda de estas metas inalcanzables ni por la especulación mística y filosófica que dominaba su literatura, sino más bien por sus contribuciones mundanas a las industrias «químicas» de la época: la invención de la pólvora, el análisis y refinamiento de minerales, la metalurgia, la producción de tinta, tintes, pinturas y cosméticos, el curtido del cuero, la fabricación de cerámica y cristal, la preparación de extractos y licores, etcétera. (Parece ser que la preparación del *aqua vitae*, el 'agua de la vida', era un «experimento» bastante popular entre los alquimistas europeos.)

Así, pues, la piedra filosofal era algo ansiosamente buscado y codiciado porque se le suponían virtudes maravillosas, no sólo la de conseguir transmutar algunos metales en oro, sino la de curar algunas enfermedades y otorgar la inmortalidad, por medio del elixir de la vida o panacea universal que podía ser logrado gracias a la piedra filosofal.

Para la fabricación de oro se buscaba un material que facilitase la mezcla de mercurio y azufre porque se suponía que ese era el camino acertado. A partir de esa mezcla hallarían el noble metal. Estos dos aspectos están relacionados, una característica del oro es que no se oxida, a diferencia de otros metales, es decir el oro es "inmortal", por lo tanto si descubrirían cómo formar oro a partir de metales vulgares, tal vez podrían hacer que el pobre cuerpo mortal se volviera inmortal.

Transmutar consiste en transformar algo en otra cosa que es de una naturaleza superior. En el campo material la antigua ciencia se consagró a la transmutación y purificación de las sustancias materiales, cambiando su carácter, exaltando sus cualidades, para llevarlas así a un estado más avanzado de evolución. De esta manera el alquimista llegó a crear productos que la naturaleza no habría engendrado por sus propios medios.

En el plano espiritual los alquimistas hacían lo mismo, transmutando la naturaleza humana en naturaleza divina, significando esto el cambio de lo ilusorio a lo real, del inconsciente al consciente, de las tinieblas de la ignorancia a la luz de la verdad, de lo mortal a lo inmortal. La transmutación, tanto física como espiritual, es consecuencia de la "elevación de las vibraciones". Una de las premisas de la alquimia es la unidad de la materia, esto es, que todas las cosas están hechas de lo mismo.

En la alquimia, el círculo de transmutación es una ecuación para balancear los elementos a transmutar, siempre teniendo en cuenta la ley de intercambio. Esta ley se basaba en que para obtener algo se debe dar algo de igual valor a cambio, esto se ve claramente en la búsqueda de los alquimistas de convertir el plomo en oro, ya que para conseguir algo de tal valor como ese metal precioso, entregaban la misma cantidad de plomo.

Los alquimistas fraudulentos

El procedimiento habitual de estafar mediante la alquimia era el de interesar a un hombre poderoso y



Lámina alegórica del Musaeum Hermeticum (1678). Los "siete metales" alquímicos (oro, plata, hierro, mercurio, cobre, plomo y estaño), aparecen representados en el interior de la Tierra, en la que se engendran, pero en el cielo están asociados al Sol, la Luna, Marte, Mercurio, Venus, Saturno y Júpiter, respectivamente. En las cuatro esquinas de la lámina hay alegorías de los cuatro elementos y las figuras centrales llevan en las manos un triángulo con el vértice hacia arriba (símbolo de los elementos que se mueven hacia arriba: fuego y aire), otro con el vértice hacia abajo (símbolo de los que lo hacen hacia abajo: tierra y agua) y la unión de ambos triángulos (símbolo del universo, en el que todos los elementos se combinan).

emplear la técnica del charlatán para llevarlo a solicitar una demostración. El engañabobos se proveía de antemano con algo de oro y plata. Preparaba un horno, adquiría mercurio y un crisol, llenaba el crisol con mercurio y volcaba en él el precioso polvo, probablemente algo de cal. Mientras tanto, se había introducido algo de oro o plata genuinos en un pedazo de carbón de leña o en una hendidura en la punta de una varilla de agitar y sujeto con cera negra. Se calentaba el horno; se ponía en su sitio el carbón preparado sobre el crisol, o bien se usaba la varilla. La cera se derretía y el metal precioso caía dentro del mercurio; al aumentar el calor, el mercurio se volatilizaba, dejando la plata o el oro derretido en el crisol. ¿Hacia falta algo más como prueba? El incauto se desprendía fácilmente de grandes sumas para la adquisición de materiales de laboratorio y mercurio, o pagaba una gran suma por la receta para hacer la piedra... tras lo cual no volvía a ver más al fraudulento alquimista.

Historia de la alquimia

La alquimia en el antiguo Egipto

El origen de la alquimia occidental puede, generalmente, situarse en el antiguo Egipto faraónico. La metalurgia y el misticismo estaban inexorablemente unidos en el mundo antiguo, pues la transformación de oscuro mineral en brillante metal debe haber parecido un acto de magia gobernado por misteriosas leyes. Se afirma pues que la alquimia era en el antiguo Egipto el dominio de la clase sacerdotal.

La alquimia egipcia es conocida principalmente a través de los escritos de antiguos filósofos griegos (helénicos), que a su vez han sobrevivido a menudo sólo en traducciones islámicas. Prácticamente no se ha conservado ningún documento egipcio original sobre la alquimia. Estos escritos, si existieron, probablemente se perdieron cuando el emperador Diocleciano ordenó la quema de libros alquímicos tras sofocar una revuelta en Alejandría (292 d.C.), que había sido un centro de alquimia egipcia.

No obstante, recientes expediciones arqueológicas han desenterrado evidencias de análisis químico durante los períodos Naqada (entre el 4000 a.C. y el 3000 a.C.). Por ejemplo, una herramienta de cobre fechada en esta época tiene rastros de haber sido usada de esta forma. Además, el proceso de curtir pieles animales ya se conocía en el Egipto predinástico, en tiempos tan antiguos como el VI milenio a.C., si bien posiblemente fuera descubierto por accidente.

Otras evidencias indican claramente que los primitivos alquimistas del antiguo Egipto habían inventado el mortero ya en el 4000 a.C. y el cristal en el 1500 a.C. El antiguo Egipto produjo además cosméticos, cemento, fayenza (tipo de cerámica) y pez para la construcción naval. El papiro también había sido inventado en el 3000 a.C.

La leyenda cuenta que el fundador de la alquimia egipcia fue el dios Thot, llamado Hermes-Thot o Hermes Trimegisto por los griegos. Según la leyenda, escribió los llamados cuarenta y dos Libros del Saber, abarcando todos los campos del conocimiento, alquimia incluida. El símbolo de Hermes era el caduceo o vara de serpiente, que llegó a ser uno de los muchos símbolos principales de la alquimia. La Tabla de Esmeralda o *Hermética* de Hermes Trimegisto, conocida sólo por traducciones griegas y árabes, es normalmente considerada la base de la filosofía y práctica alquímicas occidentales, llamada filosofía hermética por sus primeros seguidores.

La alquimia en China

Mientras la alquimia occidental terminó centrándose en la transmutación de metales corrientes en otros nobles, la alquimia china tuvo una conexión más obvia con la medicina. La piedra filosofal de los alquimistas europeos puede ser comparada con el gran elixir de la inmortalidad perseguido por los alquimistas chinos. Sin embargo, en la visión hermética, estas dos metas no estaban desconectadas y la piedra filosofal era con frecuencia equiparada a la panacea universal. Por tanto, las dos tradiciones pueden haber tenido más en común de lo que inicialmente parece.

La pólvora puede haber sido una importante invención de los alquimistas chinos. Descrita en textos del siglo IX y usada en fuegos artificiales en el siglo X, fue empleada en cañones sobre 1290. Desde China, el uso de la pólvora se extendió a Japón, los mongoles, el mundo árabe y Europa. La pólvora fue usada por los mongoles contra los húngaros en 1241 y en Europa a partir del siglo XIV.

La alquimia china estaba estrechamente relacionada con las formas taoístas de la medicina tradicional china, tales como la acupuntura y la moxibustión, y con artes marciales como el Tai Chi Chuan y el Kung Fu, aunque algunas escuelas de Tai Chi creen que su arte deriva de las ramas filosófica o higiénica del taoísmo, no de la alquímica.

La alquimia en Grecia

La ciudad griega de Alejandría en Egipto era un centro de saber alquímico que retuvo su preeminencia durante la mayor parte de las eras griega y romana. Los griegos se apropiaron de las creencias herméticas egipcias y las unieron con la filosofía pitagórica, jonista y gnóstica. La filosofía pitagórica es, esencialmente, la creencia en que los números gobiernan el universo, surgida de las observaciones del sonido, las estrellas y formas geométricas como los triángulos o cualquiera de la que pueda derivarse una razón.

El pensamiento jonista se basaba en la creencia en que el universo podía ser explicado mediante la concentración en los fenómenos naturales; se cree que esta filosofía fue iniciada por Tales y su pupilo Anaximandro y posteriormente desarrollada por Platón y Aristóteles, cuyas obras llegaron a ser una parte integral de la alquimia. Según esta creencia, el universo puede ser descrito por unas pocas leyes unificadas que pueden determinarse sólo mediante cuidadosas, minuciosas y arduas exploraciones filosóficas.

Un concepto muy importante introducido en esta época, desarrollado por Aristóteles, fue que todas las cosas del universo estaban formadas por sólo cuatro elementos: tierra, aire, agua y fuego. Según Aristóteles, cada elemento tenía una esfera a la que pertenecía y a la que regresaría si se le dejaba intacto.

Los cuatro elementos de los griegos eran aspectos mayoritariamente cualitativos de la materia y no cuantitativos como lo son nuestros elementos modernos. «... La auténtica alquimia nunca trató la tierra, el aire, el agua y el fuego como sustancias corpóreas o químicas en el sentido actual de la palabra. Los cuatro elementos era simplemente las cualidades primarias y más generales por medio de las cuales la sustancia amorfa y puramente cuantitativa de todos los cuerpos se presentaba primero en una forma diferenciada.» Alquimistas posteriores (si puede llamarse así a Platón y Aristóteles) desarrollaron extensivamente los aspectos místicos de este concepto.

La alquimia en la Edad Media

Los alquimistas de la Baja Edad Media introdujeron en Europa y perfeccionaron numerosas técnicas y fabricaron aparatos para la calcinación, sublimación, degradación. La obtención de alcohol etílico y el conocimiento de sus efectos como disolvente de las materias orgánicas permitió, por ejemplo, extraer de éstas su "quinta esencia", en la que se pensaba residían sus propiedades peculiares, y el hallazgo de los

primeros ácidos minerales, entre ellos, el "aqua regia" (combinación de los ácidos nítrico y clorhídrico), permitió disolver las inorgánicas, incluido el oro.

La alquimia en la Edad Media se caracterizó por los numerosos eruditos que estudiaron esta disciplina, tales como Bacon o Flamel.



Uno de los primeros alquimistas europeos fue **Alberto el Grande** (1206-1280), prototipo de numerosos personajes de la Edad Media que unían a un espíritu ávido de conocimiento un «algo más» que les valía ser admitidos en la misteriosa compañía de sociedades secretas. Monje dominicano, recorrió a pie Francia y Alemania enseñando filosofía.

Alberto afirmaba que la transmutación alquímica de los metales era imposible y que lo más que podían hacer los alquimistas era enchapar los metales para darles la apariencia de oro. Por otra parte, declaraba que un conocimiento íntimo del proceso alquímico le había sido otorgado por la gracia de Dios. El renombre de Alberto era tal, que los jóvenes intelectuales de todas partes de Europa venían a recibir su enseñanza, siendo uno de sus alumnos más famosos Santo Tomás de Aquino.

Pero el primer alquimista auténtico en la Europa medieval fue **Roger Bacon**. Su obra supuso tanto para la alquimia como la de Robert Boyle para la química y la de Galileo Galilei para la astronomía y la física. Bacon (1214-1294) era un franciscano de Oxford que estudió la óptica y los lenguajes además de la alquimia.

Los ideales franciscanos de conquistar el mundo en lugar de rechazarlo le llevaron a su convicción de que la experimentación era más importante que el razonamiento: «De las tres formas en las que los hombres piensan que adquieren conocimiento de las cosas: autoridad, razonamiento y experiencia, sólo la última es efectiva y capaz de llenar de paz al intelecto». A Roger Bacon también se le ha atribuido el inicio de la búsqueda de la piedra filosofal y del elixir de la vida: «Esa medicina que eliminará todas las impurezas y corrupciones de los metales menores también, en opinión de los sabios, quitará tanto de la corruptibilidad del cuerpo que la vida humana podrá ser prolongada durante muchos siglos». La idea de la inmor-

talidad fue reemplazada por la noción de la longevidad: después de todo, el tiempo que el hombre pasa en la Tierra era simplemente para esperar y prepararse para la inmortalidad en el mundo de Dios. La inmortalidad en la Tierra no encajaba con la teología cristiana.

Nicolas Flamel (1330–1413) fue un escriba francés, que lo reputan como alquimista de suficiente habilidad para ejecutar las dos obras más complejas del arte alquímico: la transmutación de los metales en oro gracias a la elaboración de la piedra filosofal, y la inmortalidad.



Flamel era un hombre letrado para su época; había aprendido el oficio de copista de su padre. Comprendía correctamente el hebreo y el latín. De acuerdo a la leyenda, Flamel se hizo alrededor de 1355 con un grimorio alquímico (un libro de conocimiento mágico escrito entre la Alta Edad Media) que excedía con creces sus conocimientos, y empleó 21 años en intentar descifrarlo.

Para ello viajó a España, donde consultó tanto a las autoridades sobre cábala como a los especialistas en el mundo antiguo hasta encontrar un anciano rabí, el *Maestro Canches*, quien identificó la obra como el *Aesch Mezareph* de Rabí Abraham, y enseñó a Flamel el lenguaje y simbolismo de su interpretación.

Habiendo dominado los secretos del texto, Flamel regresó a París, donde en 1383 logró por primera vez transmutar el mercurio, el cobre y luego el plomo en oro. Gracias a la riqueza que acumuló de este modo, se convirtió en un filántropo, haciendo grandes donaciones a hospitales e iglesias. En 1407 se hizo construir una casa, aún en pie.

Se asegura que durante esos años elaboró también una tintura, gracias a la cual él y su mujer, Pernelle, obtuvieron la inmortalidad. Aunque a todas luces fallecieron y fueron enterrados entre 1410 y 1415 en el cementerio de St. Jacques de la Boucherie, el intento de exhumarlo se encontró con una tumba vacía; aunque bien pudo deberse al saqueo de la misma en busca de objetos de valor o de textos, esto no hizo más que reforzar los rumores de su inmortalidad.

La alquimia en el Renacimiento y en la Edad Moderna

Paracelso (1493–1541); su verdadero nombre era Aureolus Philipus Teofrastus Bombastus von Hohenheim y fue el alquimista de mayor renombre y prestigio. Critica a los médicos y realiza enormes adelantos para la medicina. En su categoría de hombre "puente" recopila todo el saber alquímico y ocultista de los siglos anteriores, llegándose a convertir en la mayor autoridad en estas ciencias. Ha sido frecuentemente estudiado, tanto por médicos, como por psicólogos, como por los adeptos de las ciencias ocultas y, muy especialmente, la alquimia.



Uno de sus libros más famosos fue el "THESAURUS THESAURORUM ALCHIMISTORUM" (El tesoro de los tesoros de los alquimistas), donde explica su hipótesis sobre cómo conseguir que el mercurio, el azufre y el agua (los materiales elementales de la piedra filosofal) fueran preparados para una transmutación y así lograr su objetivo.

Robert Boyle (1627–1691), más conocido por sus estudios sobre los gases, fue uno de los pioneros del método científico en las investigaciones químicas. Boyle no asumía nada en sus experimentos y recopilaba todos los datos relevantes: en un experimento típico anotaba el lugar en el que se efectuaba, las características del viento, las posiciones del Sol y la Luna y la lectura barométrica, por si luego resultasen ser relevantes. Este enfoque terminó llevando a la fundación de la química moderna en los siglos XVIII y XIX, basada en los revolucionarios descubrimientos de Lavoisier y John Dalton, que finalmente proporcionaron un marco de trabajo lógico, cuantitativo y fiable para entender las transmutaciones de la materia, revelando la futilidad de las tradicionales metas alquímicas tales como la piedra filosofal.

Isaac Newton (1647–1727) dedicó considerablemente más tiempo y escritos al estudio de la alquimia que a la óptica o la física, por las que es famoso.

Considerado como fundador de la ciencia moderna, Newton, el autor de la Ley de la Gravitación Universal, dedicó muchos años de su vida a la alquimia: No creía que el oro fuera un elemento y especulaba con la posibilidad de elaborarlo a partir de otras sustancias.

Conclusión

Para los alquimistas, transformar el plomo en oro puro era sólo la evidencia exterior del hecho de que la transmutación también era posible interiormente. Los alquimistas fueron perseguidos durante muchos siglos debido a que fueron capaces de demostrar que todos pueden alcanzar la salud, la iluminación y porque incluso lograron ayudar a otros con sus remedios y esencias de conciencia. Por esta razón transmitieron su conocimiento de boca a oído durante más de 3000 años y lo codificaron en sus escritos mediante expresiones místicas e imágenes simbólicas.

La alquimia es un arte olvidado; en nuestros tiempos ya nadie conoce su significado, todos obvian la importancia que tuvo en el pasado

ya que sin los conocimientos logrados tras siglos de estudios, la química no estaría tan evolucionada. Por eso podemos decir que la alquimia es la madre de la química.

Los estudios alquímicos tuvieron su comienzo en la mente de las personas, impulsadas por la codicia y los mayores deseos de la humanidad; podemos mencionar tres de ellos.

El primero era la inmortalidad, que siempre fue uno de los paradigmas más grandes de la humanidad; muchas culturas antiguas sentían gran temor y respeto hacia la muerte, por lo que algunas personas pasaban toda su vida estudiando la manera de burlarla. Los hombres creían que la vida eterna les brindaría una gama de oportunidades, principalmente poder. Para muchos emperadores y reyes antiguos lo único que se interponía entre su eterna soberanía era la mortalidad,

por lo que le dieron mucha importancia al estudio de la alquimia entre otros mitos y leyendas.

El segundo era la conversión de los metales vulgares en oro, con el que obtendrían la riqueza necesaria para cumplir con sus sueños. Siempre fue de naturaleza humana la codicia por el dinero y esta fantasía alimentaba sus ansias de conocimientos para llegar al objetivo deseado.



El tercero era la búsqueda de la "panacea universal", un elixir que podría curar todas las enfermedades. A lo largo del tiempo las personas siempre soñaron con acabar con las enfermedades mortales y plagas; la medicina abarcó todo este estudio pero muy pocas veces logró dar con un resultado. Algunos alquimistas pensaron que la creación de este "elixir" sería la solución y buscaron fervientemente este remedio, especialmente en la Edad Media, donde la Iglesia persiguió a todos los que estudiaban ciencias que no estaban basadas en la teología, y la medicina sufrió un retraso importante.

En todo caso, los alquimistas nunca llegaron a desarrollar métodos propiamente científicos, ya que esta pseudociencia nunca se desvinculó de lo mágico, lo sobrenatural y lo metafísico. Sus teorías sucumbieron ante el nacimiento de la ciencia moderna, basada en el método experimental.